

EUSEBIO DE CESAREA

**HISTORIA
ECLESIÁSTICA**

LIBRO CUARTO

El libro cuarto de la *Historia Eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. Quiénes fueron los obispos de Roma y de Alejandría bajo el reinado de Trajano.
2. Lo que padecieron los judíos en tiempos de éste.
3. Los que en tiempo de Adriano salieron en defensa de la fe.
4. Los obispos de Roma y de Alejandría en su tiempo.
5. Los obispos de Jerusalén, comenzando desde el Salvador hasta los tiempos aludidos.
6. El último asedio de Jerusalén en tiempos de Adriano.
7. Quiénes fueron en este tiempo los cabecillas de la gnosis de nombre engañoso.
8. Quiénes fueron los escritores eclesiásticos.
9. Una carta de Adriano sobre que no se debe perseguirnos sin mediar juicio.
10. Quiénes fueron los obispos de Roma y de Alejandría bajo el reinado de Antonino.
11. De los heresiarcas de esos tiempos.
12. De la *Apología* de Justino dirigida a Antonino.
13. Una carta de Antonino al concilio de Asia acerca de nuestra doctrina.
14. Lo que se recuerda acerca de Policarpo, discípulo de los apóstoles.
15. De cómo en tiempos de Vero sufrió Policarpo el martirio junto con otros en la ciudad de Esmirna.

16. De cómo Justino el Filósofo, siendo de edad propecta, sufrió martirio por la doctrina de Cristo en la ciudad de Roma.
17. De los mártires mencionados por Justino en su propia obra.
18. Qué tratados de Justino han llegado hasta nosotros.
19. Quiénes estuvieron al frente de las iglesias de Roma y de Alejandría bajo el reinado de Vero.
20. Quiénes en la de Antioquía.
21. De los escritores eclesiásticos que brillaron en ese tiempo.
22. De Hegesipo y de los que él menciona.
23. De Dionisio, obispo de Corinto, y de las cartas que escribió.
24. De Teófilo, obispo de Antioquía.
25. De Felipe y de Modesto.
26. De Melitón y de los que él menciona.
27. De Apolinar.
28. De Musano.
29. De la herejía de Taciano.
30. De Bardesanes el Sirio y de las obras que se dice que son suyas.

1

[QUIÉNES FUERON LOS OBISPOS DE ROMA Y DE ALEJANDRÍA BAJO EL REINADO DE TRAJANO]

Hacia el año duodécimo del reinado de Trajano¹, muere el obispo de la Iglesia de Alejandría, al que hemos aludido un poco más arriba², y es elegido para el cargo en ella Primo, cuarto obis-

po a partir de los apóstoles. En este tiempo también, al haber cumplido Evaristo su octavo año ³, recibe el episcopado de Roma Alejandro, quinto en la sucesión a partir de Pedro y Pablo.

2

[LO QUE PADECIERON LOS JUDÍOS EN TIEMPOS DE TRAJANO]

1 Mientras la enseñanza de nuestro Salvador y su Iglesia florecían cada día y progresaban más y más, la ruina de los judíos llegaba a su colmo en sucesivas calamidades. Corría ya el año dieciocho del emperador ⁴ cuando estalló de nuevo una rebelión de los judíos que llevó a la ruina a una ingente muchedumbre de entre ellos ⁵.

2 Efectivamente, en Alejandría, lo mismo que en el resto de Egipto y aun de Cirene, como azuzados por un espíritu terrible y faccioso, se amotinaron contra sus convecinos, los griegos. Creció enormemente la rebelión, y al año siguiente, siendo entonces Lupo ⁶ gobernador de todo Egipto, provocaron no pequeña guerra.

3 Y ocurrió que en el primer choque vencieron ellos a los griegos ⁷, los cuales, refugiándose en Alejandría, apresaron a los judíos de la ciudad y los mataron. Mas los judíos de Cirene, al no recibir la ayuda que esperaban de éstos, se dedicaron a saquear el

país de Egipto y a devastar sus nomos, bajo el mando de Lucúa 8. Contra ellos envió el emperador a Marcio Turbón 9 con fuerzas de infantería y de marina e incluso de caballería.

4 Este, después de empeñar dura lucha contra ellos en muchas batallas y durante no poco tiempo, dio muerte a muchos miles de judíos no sólo de Cirene, sino también de los que procedían de Egipto, que se habían sublevado con Lucúa, su rey.

5 Mas, sospechando el emperador que también los judíos de Mesopotamia atacarían a los habitantes de allí, ordenó a Lusio Quieto que limpiara de ellos la provincia. Este organizó también una batida contra ellos y asesinó a una gran muchedumbre, hazaña por la cual le nombró el emperador gobernador de Judea 10. Estos hechos los relatan también con términos idénticos los griegos que pusieron por escrito los acontecimientos de su tiempo 11.

3

[LOS QUE EN TIEMPO DE ADRIANO SALIERON EN DEFENSA DE LA FE]

1 Después de regir Trajano el Imperio diecinueve años completos y seis meses, le sucedió en el mando Elio Adriano 12. A éste entregó Cuadrato 13 un tratado que le había dirigido: una *Apolo-*

gía compuesta en defensa de nuestra religión, ya que, efectivamente, algunos hombres malvados trataban de molestar a los nuestros. Todavía hoy se conserva entre muchos de nuestros hermanos; también nosotros poseemos la obra ¹⁴. En ella podemos ver claras pruebas de la inteligencia y de la rectitud apostólica de este hombre.

2 Él mismo deja entrever su antigüedad en esto que nos cuenta con sus mismas palabras:

«Mas las obras de nuestro Salvador estaban siempre presentes, porque eran verdaderas: los que habían sido curados, los resucitados de entre los muertos, los cuales no solamente fueron vistos en el instante de ser curados y de resucitar, sino que también estuvieron siempre presentes, y no sólo mientras vivió el Salvador, sino también después de morir Él, todos vivieron tiempo suficiente de manera que algunos de ellos incluso han llegado hasta nuestros tiempos» ¹⁵.

3 Tal era Cuadrato. Mas también Aristides, hombre de fe entregado a nuestra religión, dejó, igual que Cuadrato, una *Apología* en favor de la fe, que había dirigido a Adriano. También la obra de este escritor se ha salvado hasta hoy en muchos lugares ¹⁶.

4

[LOS OBISPOS DE ROMA Y DE ALEJANDRÍA EN TIEMPOS DE ADRIANO]

En el tercer año del mismo reinado, muere Alejandro, obispo de Roma, después de cumplidos diez años de gobierno ¹⁷. Le sucedió Sixto. Y en la iglesia de Alejandría, muerto hacia el mismo tiempo Primo, en el duodécimo año de su presidencia, le sucedió Justo.

5

[LOS OBISPOS DE JERUSALÉN, COMENZANDO DESDE EL SALVADOR HASTA LOS TIEMPOS DE ADRIANO]

1 Por lo que hace a las fechas de los obispos de Jerusalén, no he encontrado nada conservado por escrito, porque, a la verdad, una tradición ¹⁸ afirma que tuvieron vida muy breve.

2 De lo consignado por escrito, solamente he sacado en limpio esto poco: que hasta el asedio de los judíos, en tiempos de Adriano, hubo allí sucesión de obispos en número de quince, y dicen ¹⁹ que desde el origen todos eran hebreos que habían aceptado sinceramente el conocimiento de Cristo, de suerte que aquellos que estaban capacitados para juzgarlo hasta llegaron a considerarlos

dignos del cargo de obispos. Por aquel entonces, efectivamente, esa iglesia estaba toda ella compuesta por fieles hebreos, desde los apóstoles hasta el asedio de los que entonces subsistían, cuando los judíos, de nuevo separados de los romanos, fueron presa de grandes guerras.

3 Por lo tanto, como quiera que los obispos procedentes de la circuncisión cesaron en aquellos momentos, quizás sea necesario ahora dar su lista desde el primero. Fue, pues, el primero Santiago, el llamado Hermano del Señor; después de él, el segundo fue Simeón; el tercero, Justo; el cuarto, Zaqueo; el quinto, Tobías; el sexto, Benjamín; el séptimo, Juan; el octavo, Matías; el noveno, Felipe; el décimo, Séneca; el undécimo, Justo; el duodécimo, Levi; el decimotercero, Efrén; José el decimocuarto y, después de todos, el decimoquinto, Judas ²⁰.

4 Tales fueron los obispos de la ciudad de Jerusalén, desde los apóstoles hasta el tiempo de que estamos hablando, y todos oriundos de la circuncisión.

5 Se hallaba ya el reinado en su duodécimo año ²¹ cuando a Sixto, que había cumplido su décimo año en el episcopado de Roma, le sucedió Telesforo, séptimo a partir de los apóstoles. Transcurridos entre tanto un año y algunos meses, Eumenes recibe en sucesión la presidencia de la iglesia de Alejandría; según el orden, era el sexto. Su predecesor había permanecido en el cargo once años.

[EL ÚLTIMO ASEDIO DE JERUSALÉN, EN TIEMPOS DE ADRIANO]

1 La rebelión de los judíos tomaba nuevamente mayor auge y mayor extensión ²². Rufo ²³, gobernador de Judea, con el refuerzo militar que le envió el emperador y sacando partido sin piedad de sus locas temeridades, marchó contra ellos. Aniquiló en masa a miles de hombres, de niños y de mujeres, y al amparo de la ley de la guerra redujo sus territorios a esclavitud.

2 Mandaba entonces a los judíos uno llamado Barkokebas, que significa «estrella» ²⁴, un hombre homicida y bandido, pero que, por su nombre, como si tratara a esclavos, decía que era luz bajada para ellos desde el cielo, y con engaños mágicos hacía ver que brillaba para los maltratados.

3 Pero la guerra alcanzó su punto más grave el año decimocavo del reinado, en Betera, ciudadela fortísima, a no mucha distancia de Jerusalén ²⁵. Al durar largo tiempo el asedio que venía del exterior, los revolucionarios se vieron empujados a la extrema ruina por el hambre y por la sed, y el causante de su insensatez pagó la pena merecida. Por decisión y mandato de una ley de Adria-

no, se prohibió a todo el pueblo judío poner el pie desde entonces ni siquiera en la región que rodea a Jerusalén, de manera que ni de lejos pudieran contemplar el suelo patrio ²⁶.

Aristón de Pella es quien lo cuenta ²⁷.

4 Así es como la ciudad llegó a quedar vacía de la raza judía y fue total la ruina de sus antiguos moradores ²⁸. Gentes de otra raza vinieron a habitarla, y la ciudad romana constituida luego cambió su nombre y se llamó Elia, en honor del emperador Adriano ²⁹. Mas también la iglesia de allí vino a estar compuesta de gentiles, y el primero a quien se encargó de su ministerio, después de los obispos que procedían de la circuncisión, fue Marcos ³⁰.

7

[QUIÉNES FUERON EN TIEMPOS DE ADRIANO LOS CABECILLAS DE
LA GNOSIS DE NOMBRE ENGAÑOSO]

I Ya las iglesias de todo el mundo resplandecían como astros brillantísimos, y la fe en nuestro Salvador y Señor Jesucristo llegaba a su pleno vigor en todo el género humano, cuando el demonio, aborrecedor del bien, como enemigo de la verdad y siempre hostil, por demás, a la salvación de los hombres, volvió contra la Iglesia

todas sus artimañas. Si en otro tiempo sus armas eran las persecuciones contra ella, las cuales venían de fuera,

2 ahora, en cambio, vedados estos medios y echando mano de hombres malvados y hechiceros como de funestos instrumentos y ministros de perdición de las almas, llevan a cabo su campaña por otros derroteros. Imaginan todos los recursos, como el que hechiceros y embusteros se deslicen bajo el nombre mismo de nuestra doctrina y así, a los fieles que logren apresar, conducirlos al abismo de su perdición, y a los que ignoran la fe, con los medios que pondrán en práctica, apartarlos del camino que lleva a la doctrina salvadora.

3 Así, pues, de Menandro, del que ya anteriormente hemos dicho que fue sucesor de Simón ³¹, salió como serpiente bicéfala y con dos bocas una fuerza que estableció como autores de dos herejías diferentes a Saturnino, de origen antioqueno, y al alejandrino Basílides ³². El uno en Siria y el otro en Egipto constituyeron sendas escuelas de herejías enemigas de Dios.

4 Ireneo demuestra que las falsedades enseñadas por Saturnino eran en su mayor parte las mismas de Menandro, y que Basílides, so capa de cosas más secretas, extendía sus fantasías hasta el infinito, forjando las fábulas monstruosas de su impía herejía ³³.

5 Por aquel tiempo salieron a luchar por la verdad gran número de varones eclesiásticos y defendieron con bastante elocuencia la doctrina apostólica y eclesiástica. Algunos, con sus escritos, incluso

proporcionaron a los que vendrían después recursos profilácticos contra las herejías aludidas.

6 De estos escritos ha llegado hasta nosotros una eficazísima *Refutación contra Basílides*, de Agripa Castor, famosísimo entre los escritores de entonces ³⁴.

7 Agripa pone al descubierto la habilidad de la impostura de aquel hombre, pues al desvelar sus arcanos dice que Basílides había compuesto veinticuatro libros sobre el Evangelio ³⁵, y que llamaba profetas suyos a Barcabas y a Barcof ³⁶ e instituía para sí algunos otros de pura invención, a los que imponía nombres bárbaros para dejar pasmados a los que se asombran con tales cosas, y también que enseñaba que probar alimentos ofrecidos a los ídolos y renegar despreocupadamente de la fe con juramento en tiempos de persecución eran actos indiferentes. A ejemplo de Pitágoras, imponía cinco años de silencio a los que venían a él.

8 El mismo escritor enumera todavía otras cosas parecidas a éstas sobre Basílides y desenmascara valientemente el error de la citada herejía.

9 Mas también Ireneo ³⁷ escribe que Carpócrates, padre de otra herejía, la denominada de los gnósticos, fue coetáneo de aquéllos. Estos gnósticos consideraban acertado el transmitir las magias de Simón, no a ocultas, como él, sino abiertamente ya, casi jactándose incluso, como de grandes cosas, de los filtros amorosos que con

gran cuidado elaboraban, de ciertos espíritus familiares que envían sueños y de algunos otros métodos semejantes. De acuerdo con esto, enseñaban que los que habían de llegar a la perfección de sus misterios o más bien de sus abominaciones, tenían que poner por obra todo lo que hay de más obsceno, porque, al decir de ellos, no podrían escapar a los que llamaban príncipes del mundo si no era satisfaciéndoles a todos mediante una conducta infame.

10 Lo que realmente ocurrió fue que el demonio, cuyo gozo es el mal de los demás, usando de tales ministros, de una parte redujo a esclavitud, para su perdición, a los que éstos lograron engañar miserablemente, y de otra proporcionó a los pueblos infieles abundante materia de descrédito para la doctrina de Dios, pues la fama de aquéllos redundaba en calumnia de todo el pueblo cristiano.

11 Así fue como, en su mayor parte, sucedió que se divulgara entre los infieles de entonces acerca de nosotros la impía y absurdísima sospecha de que practicábamos inconfesables uniones con nuestras madres y con nuestras hermanas y que usábamos alimentos sacrílegos ³⁸.

12 Pero lo cierto es que no le aprovechó todo esto por largo tiempo, ya que la verdad se manifestó por sí misma y brilló con una luz muy grande con el paso del tiempo.

13 En efecto, rebatidas por la misma acción de la verdad, en seguida se extendieron las invenciones del adversario. Inventadas una después de otra las herejías, las primeras iban cayendo sin interrupción y, cada cual a su manera y a su tiempo, se corrompían y

quedaban reducidas a ideas variadas y multiformes. En cambio, el esplendor de la única verdadera Iglesia católica, siempre idéntica a sí misma, crecía y aumentaba irradiando a toda la raza de griegos y de bárbaros la majestad, la sencillez, la libertad, la sobriedad y la pureza de la conducta y de la filosofía divinas.

14 En consecuencia, con el paso del tiempo, se extinguieron también las calumnias contra toda la doctrina, mientras que solamente nuestra enseñanza se mantenía vencedora entre todas y con el reconocimiento de ser la que más sobresale por su venerabilidad, su moderación y sus doctrinas sabias y divinas, de suerte que nadie de los de ahora se atreve a proferir contra nuestra fe una injuria vergonzosa ni calumnia semejantes a las que anteriormente gustaban de utilizar los que se conjuraban contra nosotros.

15 Y, sin embargo, en los tiempos de que hablamos, la verdad sacó de nuevo al medio numerosos defensores suyos, que no solamente lucharon contra las impías herejías con argumentos no escritos, sino también con demostraciones escritas.

8

[QUIÉNES FUERON LOS ESCRITORES ECLESIASTICOS EN TIEMPOS DE ADRIANO]

I Entre éstos³⁹ destacaba Hegesipo. De él hemos utilizado ya anteriormente numerosas citas⁴⁰, con el fin de establecer, tomándolos de su tradición, algunos hechos de los tiempos de los apóstoles.

2 Efectivamente, en cinco libros comentó⁴¹ la tradición limpia de error de la predicación apostólica, con un estilo sencillísimo. El tiempo en que se dio a conocer lo indica él mismo al escribir así de los que desde un principio instalaron los ídolos:

«Les erigían cenotafios y templos, como hasta hoy. De ellos es también Antínoo, esclavo del emperador Adriano. Aunque contemporáneo nuestro⁴², en su honor se celebran los juegos anti-noeos. Adriano incluso fundó una ciudad con el nombre de Antínoo y creó profetas»⁴³.

3 También por el mismo tiempo, Justino⁴⁴, sincero enamorado de la verdadera filosofía, continuaba todavía ocupado en ejercitarse en las doctrinas de los griegos. El mismo también indica este tiempo al escribir en su *Apología* dirigida a Antonino:

«No creo que esté fuera de lugar mencionar aquí también a Antínoo, que ha vivido en nuestros días y al que todos se sentían constreñidos a dar culto como a un dios, por miedo, a pesar de saber quién era y de dónde procedía»⁴⁵.

4 Y el mismo Justino añade lo siguiente, al hacer mención de la guerra de entonces contra los judíos:

«Y, efectivamente, en la guerra judía de ahora, Barkokebas, el

cabecilla de la rebelión de los judíos, mandaba que solamente los cristianos fueran conducidos a terribles suplicios si no renegaban y blasfemaban de Jesús el Cristo» 46.

5 En la misma obra demuestra que su conversión de la filosofía griega a la religión no se hizo sin razón, sino con juicio; escribe lo que sigue:

«Porque yo mismo también, que me complacía en las enseñanzas de Platón, al oír las calumnias contra los cristianos y verlos ir intrépidos a la muerte y a todo cuanto se tiene por terrible, empecé a pensar que no era posible que aquellos hombres viviesen en la maldad y en el amor a los placeres. Porque ¿qué hombre amante del placer o incontinente o que piensa que comer carne humana es bueno podría abrazar con alegría la muerte si con ella se ve privado del objeto de sus deseos? ¿No intentaría más bien por todos los medios seguir viviendo siempre su vida de acá y ocultarse a los gobernantes, en vez de delatarse a sí mismo para ser muerto?» 47

6 El mismo escritor cuenta todavía que Adriano recibió de Serenio Graniano 48, clarísimo gobernador, una carta en favor de los cristianos, diciendo que no era justo, sin haber mediado acusación alguna, condenarlos a muerte sin juicio, sólo por dar gusto a los gritos del pueblo, y que había contestado a Minucio Fundano 49,

procónsul de Asia, ordenándole que a nadie juzgara sin denuncia y sin acusación razonable.

7 De esta carta ofrece Justino una copia, conservando la lengua latina, tal como estaba ⁵⁰, y anteponiendo lo siguiente:

«Podríamos también, a tenor de una carta del máximo e ilustrísimo emperador Adriano, vuestro padre, exigiros que mandéis celebrar los juicios según nuestra demanda. Pero esto no lo hemos pedido tanto por haberlo mandado Adriano cuanto por estar convencidos de que nuestra reclamación es justa. Sin embargo, también hemos colocado detrás la copia de la carta de Adriano, para que sepáis que también en esto decimos verdad. Es la que sigue» ⁵¹.

8 Y a continuación de lo dicho, el mencionado autor pone el rescripto latino mismo, que nosotros, sin embargo, hemos traducido al griego, como hemos podido ⁵², y dice así:

9

[UNA CARTA DE ADRIANO SOBRE QUE NO SE DEBE PERSEGUIRNOS
SIN MEDIAR JUICIO]

I «A Minucio Fundano: Recibí una carta que me escribió Serenio Graniano, varón clarísimo, a quien tú has sucedido. Pues

bien, no me parece que debamos dejar sin examinar el asunto, para evitar que se perturbe a los hombres y que los delatores encuentren apoyo para sus maldades.

2 »Por consiguiente, si los habitantes de una provincia pueden sostener con firmeza y a las claras esta demanda contra los cristianos, de tal modo que les sea posible responder ante un tribunal, a este solo procedimiento habrán de atenerse, y no a meras peticiones y gritos. Efectivamente, es mucho mejor que, si alguno quiere hacer una acusación, tú mismo examines el asunto.

3 »Por lo tanto, si alguno los acusa y prueba que han cometido algún delito contra las leyes, dictamina tú según la gravedad de la falta. Pero si—¡por Hércules!—alguien presenta el asunto por calumniar, decide acerca de esta atrocidad y cuida de castigarla adecuadamente»⁵³.

Tal es el rescripto de Adriano⁵⁴.

10

[QUIÉNES FUERON LOS OBISPOS DE ROMA Y DE ALEJANDRÍA BAJO
EL REINADO DE ANTONINO]⁵⁵

Después de pagar éste su deuda, tras veintiún años, recibió en sucesión el Imperio romano Antonino, el llamado Pío⁵⁶. En su primer

año muere Telesforo, que cumplía el undécimo de su ministerio, y asume el episcopado de Roma Higinio⁵⁷. Cuenta Ireneo que Telesforo brilló su muerte con el martirio⁵⁸, y en el mismo lugar declara que, en tiempos del mencionado obispo de Roma Higinio, eran conocidísimos en Roma estos dos: Valentín, introductor de su propia herejía, y Cerdón, causante del error de Marción.

Escribe así:

11

[DE LOS HERESIARCAS DE AQUELLOS TIEMPOS]

1 «Valentín vino a Roma, efectivamente, en tiempo de Higinio, pero floreció bajo Pío y permaneció hasta Aniceto. Y Cerdón, el antecesor de Marción—también en tiempo de Higinio, que era el noveno⁵⁹ obispo—, así que llegó a la Iglesia, después de hacer confesión pública, pasaba su vida así: unas veces enseñaba a ocultas y otras veía refutadas sus doctrinas, y se iba apartando de la compañía de los hermanos»⁶⁰.

2 Esto dice en su libro tercero de los escritos *Contra las herejías*. Sin embargo, también en el primero explica lo que sigue acerca de Cerdón:

«Un tal Cerdón, que procedía del círculo de Simón y residía en Roma en tiempo de Higinio—el noveno en la sucesión del episco-

pado a partir de los apóstoles—, andaba enseñando que el Dios proclamado por la Ley y los Profetas no era Padre de nuestro Señor Jesucristo, puesto que el uno es conocido y el otro desconocido; el uno justo y el otro bueno. Habiéndole sucedido Marción el Pónico, éste dio mucho auge a la escuela, blasfemando sin pudor»⁶¹.

3 El mismo Ireneo explica vigorosamente el abismo infinito de la materia, plagada de errores, de Valentín, y pone al desnudo su maldad oculta e insidiosa, como de serpiente que se esconde en la hura⁶².

4 Después de éstos dice que hubo por el mismo tiempo otro, un tal llamado Marcos, experimentadísimo en el azar de la magia⁶³. Describe también sus inacabables iniciaciones y sus mistagogias infames, revelándolas en los términos siguientes:

5 «Algunos de ellos, efectivamente, preparan un tálamo y celebran una iniciación al misterio con algunas invocaciones mágicas sobre los iniciados, y dicen ser un matrimonio espiritual lo que ellos hacen, a semejanza de las uniones de arriba. Otros, en cambio, los llevan a las aguas y, al bautizarlos, dicen sobre ellos: 'En nombre del ignoto padre de todas las cosas; por la verdad, madre de todo; por aquel que descendió sobre Jesús'. Y otros dicen sobre

ellos nombres hebreos, con el fin de impresionar más a los iniciados» ⁶⁴.

6 Ahora bien, muerto Higinio después del cuarto año de episcopado, se encarga del ministerio en Roma Pío ⁶⁵.

En Alejandría fue proclamado pastor Marcos ⁶⁶, después que Eumenes hubo cumplido en total trece años. Y muerto Marcos tras diez años de ministerio, recibe el ministerio de la iglesia de Alejandría Celadión ⁶⁷.

7 Y en la ciudad de Roma, fallecido Pío el año decimoquinto de su episcopado, asume la presidencia de allí Aniceto ⁶⁸. En tiempo de éste cuenta Hegesipo de sí mismo que vino a establecerse en Roma y que vivió allí hasta el episcopado de Eleuterio ⁶⁹.

8 Pero sobre todo fue en esta época cuando floreció Justino. Con atuendo de filósofo, era embajador de la palabra de Dios y luchaba por la fe con sus escritos. Escribió, efectivamente, un tratado *Contra Marción* ⁷⁰, en el que recuerda que, al tiempo que lo componía, éste aún se hallaba en vida. Dice así:

9 «Hay un tal Marción, natural del Ponto, que aun hoy está enseñando todavía a sus convencidos a creer en otro dios más grande que el creador: y con la ayuda de los demonios, hasta por todas las razas de hombres ha hecho que muchos profieran blasfemias y

nieguen que el hacedor de todo este universo sea el Padre de Cristo y, en cambio, confiesen que lo ha hecho algún otro, por ser en comparación mayor que él. Y como dijimos, todos los que proceden de éstos son llamados cristianos, del mismo modo que, a pesar de no ser las doctrinas comunes a todos los filósofos, el sobrenombre de filosofía es común a todos ellos».

A lo cual añade:

10 «También tenemos un tratado *Contra todas las herejias habidas* ⁷¹, que os daremos si queréis leerlo».

11 Y este mismo Justino, tras de escribir muy acertadamente contra los griegos, dirigió también otras obras que contenían una defensa en favor de nuestra fe al emperador Antonino, el llamado Pío, y al senado romano, pues estaba residiendo en Roma. De sí mismo declara en su *Apología* quién era y de dónde procedía, en los términos siguientes:

12

[DE LA «APOLOGÍA» DE JUSTINO DIRIGIDA A ANTONINO]

«Al emperador Tito Elio Adriano Antonino Pío César Augusto, y a Verísimo ⁷², su hijo, filósofo, y a Lucio, hijo por naturaleza del César, filósofo, y de Pío por adopción, enamorado del saber ⁷³, y al sagrado senado y a todo el pueblo romano, en favor de los hombres de toda raza injustamente odiados y calumniados: Yo, Justino, hijo de Prisco, que lo era a su vez de Bacquio, oriundo de Flavia Neá-

polis, de Siria, Palestina, y uno de ellos, he compuesto este discurso y esta súplica»⁷⁴.

El mismo emperador fue solicitado también por otros hermanos de Asia, abrumados con toda suerte de insolencias por la población local, y juzgó bueno enviar al concilio⁷⁵ de Asia el siguiente rescripto⁷⁶:

13

[UNA CARTA DE ANTONINO AL CONCILIO DE ASIA ACERCA DE NUESTRA DOCTRINA]

I «El emperador César Marco Aurelio Antonino Augusto Armeno, pontífice máximo, tribuno de la plebe por decimoquinta vez, cónsul por tres veces, al concilio de Asia, salud⁷⁷:

2 »Yo sé que también los dioses se ocupan de que los tales no queden ocultos. Efectivamente, ellos castigarían mucho más que vosotros a los que no quieren adorarlos.

3 »A éstos los estáis empujando a la agitación, a la vez que les confirmáis en la doctrina que profesan acusándolos de ateos. Para ellos ⁷⁸ sería preferible, así acusados, parecer que han muerto por su propio Dios a seguir viviendo. De ahí que incluso estén venciendo, porque entregan sus propias vidas en vez de obedecer a lo que vosotros pretendéis que hagan.

4 »Por lo que hace a los terremotos pasados y actuales ⁷⁹, no estará de más recordaros que os sentís acobardados cuando llegan, y comparáis nuestra situación a la suya.

5 »Ellos, efectivamente, se vuelven mucho más confiados para con Dios, mientras que vosotros, en todo el tiempo en que pareéis estar en completa ignorancia ⁸⁰, descuidáis a los otros dioses y el culto del inmortal. Los cristianos lo adoran, y vosotros los maltratáis y perseguís a muerte.

6 »En favor de los tales ya escribieron a nuestro divinísimo padre ⁸¹ muchos gobernadores de las provincias, a los cuales tam-

bién contestó que en nada molestasen a aquéllos, a no ser que fuera evidente que emprendían algo contra el poder público de Roma. También a mí me han hablado muchos acerca de ellos y también les he contestado siguiendo el parecer de mi padre.

7 »Mas si alguien persistiera en llevar al tribunal a alguno de ellos por ser tal, quede el acusado libre de cargos, aun cuando aparezca evidente que es cristiano; en cambio, el acusador quedará sujeto a castigo ⁸².

»Publicado en Efeso, en el concilio de Asia» ⁸³.

8 Que así sucedieron las cosas lo atestigua el obispo de la iglesia de Sardes, Melitón, célebre por aquella época, según se desprende de la *Apología* que dirigió al emperador Vero en favor de nuestra doctrina ⁸⁴.

[LO QUE SE RECUERDA ACERCA DE POLICARPO, DISCÍPULO DE LOS APÓSTOLES]

1 En los tiempos aludidos y hallándose Aniceto a la cabeza de la iglesia de Roma, cuenta Ireneo que Policarpo aún vivía y que vino a Roma para conversar con Aniceto por causa de cierta cuestión acerca del día de la Pascua ⁸⁵.

2 El mismo escritor nos transmite otro relato acerca de Policarpo, que es necesario añadir a lo que de él se ha dicho ⁸⁶. Es como sigue:

TOMADO DEL L. III DE LOS DE IRENEO CONTRA LAS HEREJÍAS

3 «Y también Policarpo. No solamente fue instruido por los apóstoles y convivió con muchos que habían visto al Señor, sino que también fue instituido por los apóstoles obispo de Asia, en la iglesia de Esmirna. Incluso nosotros lo hemos visto en nuestra edad temprana.

4 «ya que vivió muchos años y murió muy viejo, después de dar glorioso y espléndido testimonio. Siempre enseñó lo que había aprendido de los apóstoles, que es también lo que la Iglesia transmite y lo único que es verdad ⁸⁷.

5 «De esto dan testimonio todas las iglesias de Asia y los que hasta hoy sucedieron a Policarpo, que es un testigo de la verdad

mucho más digno de fe y mucho más seguro que Valentín, que Marción y que el resto, de juicio corrompido. Y hallándose de paso en Roma en tiempos de Aniceto, recondujo a muchos de los herejes susodichos ⁸⁸ a la Iglesia de Dios, predicándoles que única y exclusivamente había recibido de los apóstoles esta verdad: lo que transmite la Iglesia.

6 »Y hay quienes le oyeron decir que Juan, el discípulo del Señor, yendo en Efeso a bañarse y habiendo visto a Cerinto dentro, saltó fuera de las termas sin haberse bañado y dijo: 'Huyamos, no sea que también las termas se vengán abajo al hallarse dentro Cerinto, el enemigo de la verdad' ⁸⁹.

7 »Y el mismo Policarpo, una vez que Marción se le había hecho contradizo y le había dicho: 'Reconócenos', le respondió: 'Te reconozco. Reconozco al primogénito de Satanás'. Era tal la cautela que tenían los apóstoles y sus discípulos para no comunicar ni siquiera de palabra con ningún falsificador de la verdad, que el mismo Pablo dijo: *Al hereje, después de una y otra advertencia, recházalo, pues sabes que el tal está pervertido y peca, condenándose a sí mismo* ⁹⁰.

8 »Hay también una carta de Policarpo, escrita a los filipenses, importantísima, por la cual pueden aprender la índole de su fe y su mensaje de la verdad aquellos que lo quieran y que se preocupan de su propia salvación» ⁹¹.

9 Esto dice Ireneo. Por lo que hace a Policarpo, en la mencio-

nada carta suya a los filipenses, conservada hasta el presente, hace uso de algunos testimonios tomados de la primera carta de Pedro ⁹².

10 A Antonino, el llamado Pío, después de cumplidos sus veintidós años de gobierno, le sucedió su hijo Marco Aurelio Vero, también llamado Antonino, junto con su hermano Lucio ⁹³.

15

[DE CÓMO EN TIEMPOS DE VERO SUFRIÓ POLICARPO EL MARTIRIO
JUNTO CON OTROS EN LA CIUDAD DE ESMIRNA]

1 En este tiempo ⁹⁴ murió mártir Policarpo ⁹⁵, cuando enormes persecuciones estaban perturbando Asia. Creo de todo punto necesario consignar en el recuento de la presente historia el relato de su fin, conservado todavía por escrito.

2 La carta ⁹⁶ está escrita en nombre de la Iglesia que él gobernaba, para las iglesias de (todo) ⁹⁷ lugar y declara lo que a él se refiere en los términos siguientes:

3 «La iglesia de Dios que peregrina ⁹⁸ en Esmirna a la iglesia de Dios que reside como forastera en Filomelio y a todas las comunidades de la santa Iglesia católica, forasteras en todo lugar: la misericordia, la paz y el amor de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo se multipliquen ⁹⁹. Os escribimos, hermanos, cuanto se refiere a los que han sufrido martirio y al bienaventurado Policarpo, quien con su martirio, como si hubiera puesto su sello, ha hecho cesar la persecución» ¹⁰⁰.

4 A continuación ¹⁰¹, y antes de referir lo de Policarpo, narran lo que atañe a los mártires y describen la constancia que mostraron ante los tormentos, pues cuentan que fueron pasmo de los que formaban círculo en torno a ellos y los contemplaban, ora dilacerados por los azotes hasta lo más profundo de sus venas y arterias, de modo que se podían observar los entresijos de su cuerpo, sus entrañas y sus miembros, ora a otros, extendidos sobre conchas marinas y puntas afiladas, y entregados por último como pasto a

las fieras, tras haber pasado por castigos y tormentos de toda especie.

5 Y cuentan que se distinguió muy especialmente el nobilísimo Germánico, quien, con ayuda de la gracia divina, se sobrepuso a la natural cobardía ante la muerte de su cuerpo. El procónsul quería persuadirle y alegaba como pretexto su edad, y le suplicaba que, pues se hallaba en plena flor de su juventud, tuviera compasión de sí mismo; pero él no vaciló, sino que, animosamente, atrajo hacia sí a las fieras, casi forzándolas y azuzándolas, para poder alejarse más rápidamente de la vida injusta y criminal de aquéllos.

6 Ante la gloriosa muerte de este hombre, la muchedumbre toda se asomó viendo la valentía del mártir divino y la virtud de todo el linaje de los cristianos, y todos a una comenzaron a gritar: '¡Mueran los ateos! ¡Que se busque a Policarpo!'

7 Y habiéndose creado con el griterío una gran confusión, cierto hombre de Frigia, llamado Quinto, llegado recientemente de Frigia, al ver las fieras y lo demás que amenazaba, sintió ablandársele el alma presa del miedo y terminó por abandonar su salvación.

8 Pero el relato del escrito susodicho demuestra que este hombre se lanzó ante el tribunal con los demás bastante precipitadamente y no con la cautela debida. Así, pues, una vez apresado, proporcionó a todos un ejemplo manifiesto de que no es lícito arriesgarse en tales empresas temeraria e incautamente. Así terminaba lo que se refería a estos hombres.

9 Por lo que hace al admirabilísimo Policarpo, al pronto, cuando oyó estas cosas, no se turbó; siguió observando firme e inmuta-

blemente sus costumbres y quería permanecer allí, en la ciudad. Mas persuadido por las súplicas de los que le rodeaban y por los que le exhortaban a alejarse en secreto, se retiró a una finca no muy distante de la ciudad, y allí pasaba su tiempo en compañía de unos pocos, no haciendo otra cosa noche y día que perseverar en la oración al Señor. En ella pedía y suplicaba la paz, reclamándola para las iglesias de todo el universo, cosa, por lo demás, que de siempre fue costumbre suya.

10 Y fue mientras oraba, en visión que tuvo de noche tres días antes de su prendimiento, cuando vio que la almohada de su cabecera se consumía por completo abrasada por el fuego. Despertado ante el hecho, al punto interpretó para los presentes lo ocurrido, adivinando casi el porvenir, y anunció claramente a los circunstantes que él había de morir por Cristo en el fuego.

11 Así, pues, cuando los que andaban buscándole con toda presteza se hallaban ya encima, se dice que él se mudó a otra finca, forzado nuevamente por la disposición y el amor de los hermanos, y allí se personaron no mucho después los perseguidores, que detuvieron a dos criados. A uno de ellos lo sometieron a torturas y por él dieron con el paradero de Policarpo.

12 Como se presentaron a una hora tardía, lo encontraron acostado en una habitación del piso superior, desde donde le era posible pasarse a otra casa; pero no quiso hacerlo y dijo: '¡Cúmplase la voluntad de Dios!' 102

13 Efectivamente, cuando se enteró de que estaban allí—como dice el relato—, bajó y se puso a conversar con ellos, con el rostro radiante y lleno de suavidad, de suerte que aquellos que anteriormente no le conocían creían estar viendo un prodigio, al considerar su avanzada edad y su porte venerable y firme, y se admiraban de tanto afán por prender a un anciano.

14 Pero él, sin tardar, manda al punto que les pongan la mesa; luego les invita a participar del abundante yantar y les pide una sola hora para poder orar tranquilo. Como ellos se lo permitieron, se levantó y se puso a orar, lleno de la gracia de Dios. Los presentes estaban asombrados oyéndole rezar, y muchos de ellos se arrepentían ya de que hubiera de ser ejecutado un anciano tan venerable y digno de Dios.

15 Después de lo dicho, el escrito que trata de él, continúa la narración literalmente como sigue:

«Cuando terminó su oración, después de hacer memoria de todos cuantos en su vida había tratado, pequeños y grandes, ilustres y plebeyos, y de toda la Iglesia católica esparcida por toda la tierra habitada, cuando llegó la hora de partir¹⁰³, lo sentaron a lomos de un asno y lo condujeron a la ciudad. Era día de gran sábado¹⁰⁴. Le salieron al encuentro el irenarca¹⁰⁵ Herodes y su padre, Nicetas, lo hicieron subir a su carro, lo sentaron a su lado y trataban de persuadirle diciendo: '¿Pero qué mal hay en decir: ¡César es el Señor! y en sacrificar y con ello salvar la vida'?

16 »Policarpo, al principio, no contestaba, pero al insistir ellos, dijo: 'No tengo intención de hacer lo que me aconsejáis'. Al no lograr su intento de persuadirle, comenzaron a decirle palabras terribles y le hicieron bajar a toda prisa, tanto que al descender del carro se hizo un rasguño en la espinilla. Pero él, sin volverse, como si nada le hubiera ocurrido, se puso animosamente a caminar con prisa, conducido al estadio.

17 »Era tal el ruido en el estadio, que muchos no podían oír. Al entrar Policarpo en el estadio, sobrevino una voz del cielo: '¡Sé fuerte, Policarpo, y pórtate como un hombre!' ¹⁰⁶. Nadie vio al que habló, pero muchos de los nuestros oyeron la voz.

18 »Cuando le iban conduciendo se armó un gran tumulto por parte de los que se enteraban de que habían prendido a Policarpo. Luego, cuando se hubo aproximado, le preguntó el prócónsul si era él Policarpo. Habiéndolo él confesado, aquél intentó persuadirle a que renegase, diciendo: 'Ten consideración a tu edad', y otras cosas parecidas a éstas, como tienen por costumbre decir: 'Jura por el genio del César. Cambia de pensar'. Di: '¡Mueran los ateos!'

19 »Mas Policarpo miró con rostro severo a toda la chusma que se hallaba en el estadio, agitó hacia ellos su mano y, entre sollozos y alzando la vista al cielo ¹⁰⁷, dijo: ¡Mueran los ateos!

20 »Pero al urgirle el gobernador y decirle: 'Jura y te soltaré; maldice a Cristo', Policarpo dijo: 'Ochenta y seis años vengo sir-

viéndole y ningún mal me hizo. ¿Y cómo puedo blasfemar contra mi rey, que me ha salvado?’

21 »Como insistiese de nuevo el procónsul y dijese: ‘¡Jura por la suerte del César!’’, Policarpo replicó: ‘Si abrigas la vana pretensión de que yo jure por el genio del César, como tú dices, simulando que ignoras quién soy yo, con franqueza, escucha: soy cristiano. Pero si es que quieres aprender la doctrina del cristianismo, dame un día y escucha’.

22 »Dijo el procónsul: ‘Convence al pueblo’. Policarpo replicó: ‘A ti te considero digno de mi discurso, pues se nos ha enseñado rendir el honor debido a las autoridades y potestades establecidas por Dios¹⁰⁸, mientras no sea en detrimento nuestro; pero a éstos no les considero dignos de que me defiendan ante ellos’.

23 »Y el procónsul dijo: ‘Tengo fieras. A ellas te arrojaré si no mudas tu parecer’. Pero él respondió: ‘Llámalas, porque para nosotros no es posible cambiar de parecer si se va de lo mejor a lo peor. Lo bueno es cambiar de lo malo a lo justo’.

24 »Insistió el procónsul: ‘Como no te arrepientas, haré que el fuego te domene si desprecias las fieras’. Policarpo dijo: ‘Amenazas con un fuego que arde algún tiempo, mas al cabo de poco se apaga. Y es que ignoras el fuego del juicio futuro y del castigo eterno, reservado a los impíos. Pero ¿por qué tardas? Trae lo que quieras’.

25 »Mientras decía esto y otras muchas cosas más, se iba llenando de valor y de alegría, y su rostro rebosaba de gracia, hasta el punto de que no solamente no cayó él en la confusión por las cosas que se le decían, sino que, al contrario, fue el procónsul quien

se puso fuera de sí y llamó al heraldo para que en medio del estadio pregonara tres veces: 'Policarpo ha confesado que él es cristiano'.

26 »Cuando el heraldo hubo dicho esto, toda la chusma de gentiles y de judíos ¹⁰⁹ que habitaban Esmirna se puso a gritar con el ánimo desbocado y gran vocerío: 'Este es el maestro de Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha enseñado a muchos a no sacrificar y a no adorar'.

27 »A la vez que decían esto, gritaban más y más, y pedían al asiarca ¹¹⁰ Felipe que lanzase un león contra Policarpo. Dijo él que no podía, por estar concluido el combate de fieras. Entonces les pareció bien ponerse todos a gritar a una que se quemara vivo a Policarpo.

28 »Y es que debía cumplirse lo de la visión que tuvo relativa a su almohada cuando, mientras oraba, la vio consumirse abrasada y, volviéndose hacia los fieles que estaban con él, les dijo en tono profético: 'Tengo que ser quemado vivo'.

29 »Esto, pues, se hizo más de prisa que se dijo. Las turbas atroparon de los talleres y de los baños madera y leña menuda. Los más entusiastas en colaborar a la tarea fueron, como acostumbraban, los judíos.

30 »Cuando la hoguera estuvo lista, Policarpo se despojó de todos sus vestidos y, descifrándose, trataba de soltar su calzado también, cosa que antes no hacía porque siempre cada fiel se afanaba por ser él quien primero tocase su piel; porque en todo momento,

antes incluso de peinar canas, se le había honrado a causa de su santa vida.

31 »En seguida, pues, fueron colocando en torno a él los instrumentos preparados para la hoguera, mas, cuando ya iban incluso a clavarlo, díjoles él: 'Dejadme así, porque quien me da el esperar a pie firme el fuego, me dará también, sin que sea necesaria la seguridad de vuestros clavos, el mantenerme firme en la hoguera. Y no lo clavaron, sino que le ataron.

32 »Con sus manos a la espalda y amarrado como un carnero egregio que es sacado de un gran rebaño como holocausto¹¹¹ aceptable a Dios todopoderoso, dijo:

33 »'Padre de tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento acerca de ti, Dios de los ángeles, de las potestades, de toda la creación y de toda la raza de los justos que viven en presencia tuya: Te bendigo porque me has juzgado digno de este día y de esta hora, para tener parte, entre el número de los mártires, en el cáliz de tu Cristo para resurrección de vida eterna, tanto del alma como del cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo.

34 »¡Ojalá sea yo recibido en tu presencia hoy, con ellos, en sacrificio pingüe y aceptable!, según lo preparaste de antemano, como de antemano lo manifestaste y lo cumpliste, ¡oh Dios sin mentira y veraz!

35 »Por esta razón, y por todas las cosas, te alabo, te bendigo, te glorifico, por medio del eterno y sumo sacerdote Jesucristo, tu

Hijo amado, por el cual sea gloria a ti, con El en el Espíritu Santo, ahora y en los siglos venideros. Amén'.

36 »Cuando hubo pronunciado el 'amén' y terminado su oración, los encargados del fuego encendieron el fuego, mas, haciéndose una gran llamarada, vimos un prodigio, aquellos a quienes fue dado verlo y que hemos sido conservados para anunciar a los demás lo ocurrido.

37 »Y es que el fuego, formando una especie de bóveda, como la vela de un navío henchida por el viento, protegió el cuerpo del mártir como una muralla en torno. Y él estaba en medio, no como carne quemada, sino como oro y plata candentes en el horno ¹¹². Y nosotros, a la verdad, percibíamos una fragancia tal, como exhalada por el incienso o por cualquier otro aroma precioso.

38 »Al fin, viendo aquellos impíos que el cuerpo no podía ser consumido por el fuego, ordenaron al *confeitor* ¹¹³ que se acercase y hundiera en él su espada;

39 »hecho lo cual, brotó un caudal de sangre, tan grande que apagó el fuego y dejó asombrada a toda la muchedumbre que veía la gran diferencia entre los infieles y los elegidos. Uno de éstos fue este hombre, admirable por lo demás, maestro apostólico y profético de nuestros días, obispo ¹¹⁴ que fue de la iglesia católica de Esmirna. Efectivamente, toda palabra que salió de su boca se ha cumplido y se cumplirá.

40 »Mas el rival y envidioso maligno, adversario de la raza de los justos, al ver la grandeza de su martirio y la vida irreprochable

que había llevado desde el principio y que estaba ya coronado con la corona de la incorrupción y tenía ya logrado un premio indiscutible, dispuso las cosas de tal manera que nosotros no recogiéramos su cuerpo, aunque eran muchos los que deseaban hacerlo y tener parte en sus santos despojos.

41 »Algunos, pues, sugirieron a Nicetas, padre de Herodes y hermano de Alce, solicitar del gobernador que no entregase el cuerpo del mártir, 'no sea que—dijo—dejando al crucificado, comiencen a rendir culto a ése' ¹¹⁵. Y decían esto por sugerencia y por presión de los judíos, que también vigilaban cuando nosotros íbamos a recogerlo de la hoguera. Y es que ignoran que nosotros jamás podremos abandonar a Cristo, que padeció por la salvación de todos los que en el mundo entero se salvan ni rendir culto a ningún otro.

42 »Porque a éste lo adoramos por ser Hijo de Dios; a los mártires, en cambio, los amamos justamente porque son discípulos e imitadores del Señor, a causa de su insuperable benevolencia para con su propio rey y maestro. ¡Ojalá también nosotros fuéramos partícipes de su suerte y condiscípulos suyos!

43 »Viendo, pues, el centurión la porfía de los judíos, puso el cuerpo en medio, como era costumbre, y lo quemó. Y así nosotros, luego, retiramos sus huesos, más estimables que las piedras preciosas y mejor acrisolados que el oro, y los guardamos en lugar conveniente.

44 »Allí, reunidos en cuanto nos sea posible, jubilosos y alegres, el Señor nos concederá celebrar el día natalicio de su martirio,

para memoria de los que ya han luchado y para ejercicio y preparación de los que habrán de luchar.

45 »Tal fue el final del bienaventurado Policarpo. Aunque hacía el número doce de los martirizados en Esmirna, junto con los de Filadelfia, él es el único de quien todos más se acuerdan, hasta el punto de que incluso los paganos están hablando de él en todas partes» 116.

46 De tal final se hizo digno el admirable y apostólico Policarpo, cuyo relato expusieron los hermanos de la iglesia de Esmirna en la carta que de ellos hemos citado. En ese mismo escrito que trata de él van adjuntos otros martirios ¹¹⁷ que tuvieron lugar en la misma Esmirna por el mismo tiempo que el martirio de Policarpo. Con ellos pereció también, entregado a las llamas, Metrodoro, que se cree era presbítero de la secta de Marción.

47 Pero el mártir más famoso de los de entonces fue Pionio. Sus confesiones sucesivas, su libertad de expresión ¹¹⁸, sus apologías de la fe en presencia del pueblo y de las autoridades, sus discursos didácticos al pueblo y aun su amable acogida de los que habían sucumbido en la prueba de la persecución, así como las exhortaciones que, estando en la cárcel, dirigía a los hermanos que a él acudían, y también los tormentos que después sufrió, los suplicios que se añadieron, su enclavamiento, su entereza en la hoguera y, después de todas estas maravillas, su muerte: todo esto se contiene

de manera muy completa en el escrito que de él trata ¹¹⁹. A él remitimos a cuantos interese: se halla incluido entre los martirios de los antiguos, recopilados por nosotros ¹²⁰.

48 Se conservan además las actas de otros mártires que fueron martirizados en Pérgamo, ciudad de Asia: Carpo, Papilo y una mujer, Agatónice, que acabaron gloriosamente después de muchas e ilustres confesiones ¹²¹.

16

[DE CÓMO JUSTINO EL FILÓSOFO, SIENDO DE EDAD PROVECTA, SUFRIÓ MARTIRIO POR LA DOCTRINA DE CRISTO EN LA CIUDAD DE ROMA]

I Por este mismo tiempo ¹²², Justino, mencionado poco ha ¹²³, después de dedicar a los susodichos emperadores su segundo libro ¹²⁴ en defensa de nuestras doctrinas, fue adornado con el sagrado martirio. El urdidor de la conspiración fue el filósofo Crescente—hombre que se afanaba por llevar una vida y una conducta bien adecuadas al apelativo de cínico ¹²⁵—, pues Justino le había reprendido

muchas veces en presencia de sus oyentes. Justino, con su martirio, terminó ciñéndose el premio de la victoria de la verdad de que era embajador.

2 También esto lo predice él mismo, consumado filósofo como en verdad era, en la mencionada *Apología*, y tan claramente como de hecho había de sucederle. Estos son sus términos:

3 «Y yo mismo espero ser víctima de la conspiración de alguno de los nombrados y ser aherrojado en el cepo. Quizás por obra de Crescente, el amigo, no de la sabiduría, sino de la ruidosa jactancia, ya que no es justo llamar filósofo a un hombre que en público atestigua lo que ignora, como cuando dice que los cristianos son ateos e impíos, obrando así en gracia y para gusto del vulgo extraviado en el error.

4 »Porque, si es que nos ataca sin haber leído las enseñanzas de Cristo, es de lo más malvado y mucho peor que los ignorantes, los cuales muchas veces se guardan de conversar y de atestiguar falsamente acerca de lo que ignoran. Y si es que las leyó sin entender la grandeza que hay en ellas, o sí las entendió, pero obra así para no ser sospechoso de ser cristiano, entonces es mucho más innoble y malvado, esclavo de una opinión, ignorante e irracional, y del miedo.

5 »Porque quiero que sepáis que, habiéndole yo propuesto y hecho preguntas de ese género, me di cuenta y le convencí de que verdaderamente no sabe nada. Y en prueba de que digo la verdad, si es que no os han remitido los informes de la discusión, estoy dispuesto a hacer de nuevo las preguntas incluso en presencia vuestra, tarea que también sería digna de un emperador.

6 »Pero si ya os son conocidas mis preguntas y las respuestas de aquél, bien claro habréis visto que nada sabe de nuestras cosas. O si lo sabe, pero no se atreve a decirlo por causa de los oyentes, como dije antes, no muestra ser un hombre amante del saber, sino amante de la opinión y despreciador de la sentencia de Sócrates ¹²⁶, dignísima de todo aprecio» ¹²⁷.

7 Esto dice Justino. Según su predicción, murió víctima de las maquinaciones de Crescente. Taciano ¹²⁸, varón que en su primera época profesó las ciencias helénicas, en las que logró no pequeña fama, y dejó en sus escritos muchos monumentos de su ingenio, lo narra en su *Discurso a los griegos* como sigue:

«Y el muy admirable Justino exclamó con toda justicia que los susodichos semejaban a bandidos».

8 Después de añadir algunas cosas acerca de los filósofos, continúa diciendo lo que sigue:

«Crescente, pues, el que anidó en la gran ciudad, a todos aventajaba como pederasta y estaba por entero entregado al amor del dinero.

9 »Quien aconsejaba despreciar la muerte, él mismo temía a la muerte de tal manera que se las arregló para precipitar a Justino en la muerte, como en un gran mal, porque éste, predicando la verdad, había probado que los filósofos eran unos glotonos y embusteros» ¹²⁹. Tal causa tuvo el martirio de Justino ¹³⁰.

[DE LOS MÁRTIRES MENCIONADOS POR JUSTINO EN SU PROPIA OBRA]

1 El mismo autor, antes de su propio combate, menciona en su primera ¹³¹ *Apología* a otros mártires anteriores a él. También este relato es útil para nuestro intento.

2 Escribe así:

«Una mujer vivía con su disoluto marido, y ella misma se había dado anteriormente a la vida disoluta. Mas, después que conoció las enseñanzas de Cristo, aprendió a contenerse y trataba de persuadir a su marido de tornarse casto él también, aduciendo las enseñanzas y anunciándole el castigo que en el fuego eterno ¹³² tendrán los que no viven castamente y conforme a la recta razón.

3 »Pero él perseveraba en los mismos desenfrenos y con sus obras se iba enajenando a su esposa, pues la mujer, considerando impío el seguir compartiendo el lecho con un hombre que buscaba recursos de placer por todos los medios, contra la ley de la naturaleza y contra la justicia, quiso divorciarse.

4 »Y como los suyos la suplicaran y la aconsejaron que aguardase todavía, con la esperanza de que el hombre pudiera un día cambiar, haciéndose violencia a sí misma, esperó.

5 »Pero después que su marido marchó a Alejandría y ella tuvo noticia de que allí obraba cosas peores, para evitar el com-

partir con él las injusticias e impiedades permaneciendo en el matrimonio y compartiendo la mesa y lecho, le dio lo que entre vosotros se llama *repudium* y se separó.

6 »Pero el bueno de su marido, que debiera alegrarse de que su mujer, entregada anteriormente a la vida fácil con criados y jornaleros, disfrutando entre borracheras y toda clase de maldad, no sólo hubiera cesado en todas estas prácticas, sino que también quería que él dejase de hacer lo mismo, porque se había separado sin que él lo quisiera, va y la acusa de que era cristiana.

7 »Y ella te presentó a ti, emperador, un libelo en el que pedía, en primer lugar, que se le permitiera disponer de sus bienes, y luego, cuando sus asuntos estuviesen arreglados, presentar su defensa frente a la acusación. Y tú se lo permitiste.

8 »Pero su ex marido, no pudiendo por entonces decir nada contra ella, se volvió contra un tal Tolomeo—a quien Urbicio¹³³ había impuesto un castigo—porque había sido el maestro de aquella en las doctrinas cristianas. Procedió de la siguiente manera:

9 »Al centurión que había metido en prisión a Tolomeo, y que era amigo suyo, le persuadió a que se apoderase de Tolomeo y le dirigiese esta sola pregunta: si era cristiano. Y Tolomeo, que amaba la verdad y no tenía el carácter embustero ni mentiroso, confesó que él era cristiano. El centurión hizo que lo encadenaran, y durante mucho tiempo lo sometió a castigo en la cárcel.

10 »Y cuando, por último, Tolomeo fue conducido a presencia de Urbicio, también le preguntaron únicamente esto: si era

cristiano. Y de nuevo, consciente del bien que había recibido por medio de la doctrina de Cristo, confesó la escuela de la divina virtud;

11 »porque quien niega algo, lo que sea, o lo niega porque lo condena, o rehúye la confesión porque se considera a sí mismo indigno y ajeno a ello. Ninguno de estos casos cuadra al verdadero cristiano.

12 »Y cuando Urbicio mandó que se le llevara a la ejecución, un tal Lucio, que también era cristiano, viendo que la sentencia se había dado tan contra razón, dijo dirigiéndose a Urbicio: '¿Cuál es la causa de que hayas condenado a este hombre sin haber probado que sea un adúltero, un fornicario, un homicida, un ratero o un ladrón y sin que, en una palabra, haya cometido injusticia, sino solamente porque confesó llevar el nombre de cristiano? Tú, Urbicio, no juzgas como corresponde al emperador Pío ni al filósofo que es el hijo del César ¹³⁴, ni tampoco al senado sagrado'.

13 »Y Urbicio, sin responder nada, dijo dirigiéndose también a Lucio: 'Me parece que tú también eres cristiano'. Y como Lucio respondiera: '¡Así es!', mandó que también llevaran a éste a la ejecución. Lucio declaró que le estaba agradecido, pues—añadía—se alejaba de unos amos tan malvados y se iba a Dios, su buen Padre y Rey. Y a un tercero que se presentó se le infligió también la misma pena» ¹³⁵.

A esto Justino añadió, con razón y lógicamente, las palabras que ya hemos citado más arriba:

«Y yo mismo estoy esperando ser víctima de la conspiración de alguno de los nombrados, etc.» ¹³⁶.

[QUÉ TRATADOS DE JUSTINO HAN LLEGADO HASTA NOSOTROS]

1 Justino nos ha dejado gran número de obras, útiles por demás, testimonio de una inteligencia cultivada y empeñada en las cosas divinas. A ellas remitimos a los estudiosos, después de señalar útilmente las que han llegado a nuestro conocimiento ¹³⁷.

2 Hay de él primeramente un tratado dirigido a Antonino, el llamado Pío, y a sus hijos, así como al senado romano, en favor de nuestras doctrinas; y otro que contiene una segunda *Apología* en defensa de nuestra fe, que dirigió al sucesor y homónimo del citado emperador Antonino Vero ¹³⁸, cuya época estamos recorriendo al presente ¹³⁹.

3 Hay también otra obra, el *Discurso a los griegos*, en el cual, después de extenderse largamente sobre los problemas planteados a nosotros y a los filósofos griegos, discurre acerca de la naturaleza de los demonios. Pero no urge el citarlo aquí.

4 También ha llegado a nosotros otra obra suya contra los griegos, que tituló *Refutación*; y además de éstas, otra *Sobre la monarquía de Dios*, que compuso con elementos recogidos no solamente de nuestras Escrituras, sino también de los libros de los griegos.

5 Escribió además el titulado *Psalmos* y otro, de uso escolar, *Sobre el alma*, en el cual propone diversas cuestiones acerca del problema que discute, y aduce las opiniones de los filósofos griegos, prometiendo contradecirlas y exponer él la suya propia en otro escrito.

6 Y compuso también un *Diálogo contra los judíos*, diálogo que sostuvo en la ciudad de Efeso ¹⁴⁰ con Trifón, el más ilustre de los hebreos de entonces. En él explica de qué modo la gracia divina lo empujó hacia la doctrina de la fe, con qué empeño primeramente se inclinaba hacia las ciencias filosóficas y qué entusiasmo había puesto en la búsqueda de la verdad ¹⁴¹.

7 Y en la misma obra cuenta de los judíos que ellos fueron los que prepararon una conspiración contra la doctrina de Cristo y expone este pensamiento dirigiéndose a Trifón:

«No solamente no os habéis arrepentido del mal que hicisteis, sino que, habiéndoos escogido entonces algunos hombres especialmente aptos, los enviasteis desde Jerusalén a toda la tierra diciendo que había aparecido una secta atea de cristianos y enumerando las mismas calumnias que todos cuantos nos desconocen repiten contra nosotros ¹⁴², de modo que no solamente sois culpables de vuestra propia injusticia, sino también, sencillamente, de la de todos los demás hombres» ¹⁴³.

8 Escribe también que incluso hasta su tiempo seguían brillando los carismas proféticos en la Iglesia ¹⁴⁴, y menciona el Apo-

calipsis de Juan diciendo claramente que es del apóstol ¹⁴⁵. Y cita igualmente algunos dichos de profetas, probando a Trifón que los judíos los han eliminado de la Escritura ¹⁴⁶. Se conocen además otros numerosos trabajos suyos, conservados entre muchos hermanos.

9 Y es así que incluso a los antiguos les parecieron del mayor interés los tratados de Justino, tanto que Ireneo cita sus palabras. Efectivamente, en el libro IV *Contra las herejías* dice textualmente:

«Y muy bien dice Justino, en su obra *Contra Marción* ¹⁴⁷, que ni al mismo Señor podría creer si le anunciaba otro Dios diferente que el demiurgo» ¹⁴⁸.

Y en el libro V de la misma obra con estas palabras:

«Y muy bien dice Justino que, antes de la venida del Señor, nunca Satanás se atrevió a blasfemar de Dios; como que todavía no conocía su condenación» ¹⁴⁹.

10 Esto era obligación decirlo para animar a los estudiosos a un trato aplicado y solícito con las obras de este autor. Tales eran las noticias que a él atañen.

19

[QUIÉNES ESTUVIERON AL FRENTE DE LAS IGLESIAS DE ROMA Y DE ALEJANDRÍA BAJO EL REINADO DE VERO]

Había avanzado ya hasta su octavo año el reinado mencionado ¹⁵⁰ cuando Sotero sucedió en el episcopado de la iglesia de Roma a Aniceto, que había pasado en él once años enteros ¹⁵¹. Y el de la iglesia de Alejandría, después de presidirla Celadión durante catorce años, pasó al sucesor de éste, Agripino ¹⁵².

20

[QUIÉNES ESTUVIERON AL FRENTE DE LA IGLESIA DE ANTIOQUÍA]

En la iglesia de Antioquía se conocía como sexto sucesor de los apóstoles a Teófilo ¹⁵³. El cuarto había sido Cornelio, instituido sobre ella después de Herón ¹⁵⁴. Y después de Cornelio, en el quinto lugar, había recibido en sucesión el episcopado Eros.

21

[DE LOS ESCRITORES ECLESIAÍSTICOS QUE BRILLARON
EN AQUEL TIEMPO]

Por estos tiempos ¹⁵⁵ florecía en la Iglesia Hegesipo ¹⁵⁶, a quien ya conocemos por lo dicho anteriormente; también Dionisio, obispo de Corinto, y Pinito, obispo a su vez de los fieles de Creta. Y además de éstos, Felipe, Apolinar, Musano, Modesto y, sobre todos, Ireneo. De ellos ha llegado hasta nosotros por escrito la ortodoxia de la sana fe de la tradición apostólica.

22

[DE HEGESIPO Y DE LOS QUE ÉL MENCIONA]

I Es el caso, pues, que Hegesipo nos dejó un monumento completísimo de su propio pensamiento en los cinco libros de *Memorias* ¹⁵⁷ que han llegado hasta nosotros. En ellos muestra cómo, realizando un viaje hasta Roma, estuvo en contacto con muchos obispos y cómo de todos ellos había recibido una misma doctrina ¹⁵⁸. Bueno será escucharle, después que ha dicho algunas cosas acerca de la *Carta de Clemente a los corintios*, añadir lo siguiente:

2 «Y la iglesia de los corintios permaneció en la recta doctrina hasta que Primo fue obispo de Corinto ¹⁵⁹. Cuando yo navegaba hacia Roma, conviví con los corintios y con ellos ¹⁶⁰ pasé bastantes días, durante los cuales me recomforté con su recta doctrina.

3 »Y llegado a Roma ¹⁶¹, me hice una sucesión ¹⁶² hasta Aniceto, cuyo diácono era Eleuterio. A Aniceto le sucede Sotero, y a éste, Eleuterio. En cada sucesión y en cada ciudad las cosas están tal como las predicán la Ley, los Profetas y el Señor».

4 El mismo escritor nos explica los comienzos de las herejías de su tiempo en estos términos:

«Y después que Santiago el Justo hubo sufrido el martirio, lo mismo que el Señor y por la misma razón ¹⁶³, su primo Simeón, el hijo de Clopás, fue constituido obispo ¹⁶⁴. Todos le habían propuesto, por ser el otro primo del Señor. Por esta causa ¹⁶⁵ llamaban virgen a la Iglesia, pues todavía no se había corrompido con vanas tradiciones.

5 »Mas fue Tebutis, por no haber sido él nombrado obispo, quien comenzó a corromperla, partiendo de las siete sectas que

había en el pueblo, de las cuales también él formaba parte. De ellas salieron Simón ¹⁶⁶—de ahí los simonianos—, Cleobio—de donde los cleobinos—, Dositeo ¹⁶⁷—de donde los dositianos—, Gorteo ¹⁶⁸—de donde los goratenos—y los masboteos ¹⁶⁹. De éstos proceden los menandristas ¹⁷⁰, los marcianistas ¹⁷¹, los carpocratianos ¹⁷², los valentinianos ¹⁷³, los basilidianos ¹⁷⁴ y los saturnilianos ¹⁷⁵. Cada uno de éstos introdujo su propia opinión por caminos propios y diferentes.

6 »De ellos salieron pseudocristos, pseudoprofetas y pseudoapóstoles, quienes despedazaron la unidad de la Iglesia con sus doctrinas corruptoras contra Dios y contra su Cristo».

7 El mismo autor describe además incluso las sectas que hubo en otro tiempo entre los judíos, diciendo:

«Existían diferentes opiniones en la circuncisión, entre los hijos de los israelitas, contra la tribu de Judá y contra el Cristo, a saber: esenios, galileos, hemerobautistas, masboteos, samaritanos, saduceos y fariseos» ¹⁷⁶.

8 Escribió además muchas otras cosas, de las cuales hemos hecho ya mención anteriormente, en parte, al disponer las narraciones conforme a las circunstancias ¹⁷⁷. Pone algunas cosas tomadas del *Evangelio de los hebreos* ¹⁷⁸ y del *Siriaco*, y en particular tomadas de la lengua hebrea, mostrando así que se hizo creyente siendo hebreo. Y no sólo eso, sino que además menciona otras cosas como procedentes de una tradición judía no escrita.

9 Pero no solamente él, pues también Ireneo y todo el coro de los antiguos llamaban a los *Proverbios de Salomón* «Sabiduría todo virtuosa» ¹⁷⁹. Y al decidir acerca de los libros llamados apócrifos cuenta que algunos de ellos fueron fabricados en su tiempo por algunos herejes ¹⁸⁰.

Pero ya es hora de pasar a otro.

23

[DE DIONISIO, OBISPO DE CORINTO, Y DE LAS CARTAS QUE ESCRIBIÓ]

1 De Dionisio ¹⁸¹, lo primero que hay que decir es que le fue confiado el trono del episcopado de la iglesia de Corinto, y también que de sus actividades divinas hacía partícipes abundantemente no sólo a los que estaban sujetos a él, sino también a los de los otros países, haciéndose utilísimo a todos con sus cartas católicas ¹⁸² que componía para las iglesias.

2 Una de ellas, *A los Lacedemonios*, es una catequesis de ortodoxia y exhorta a la paz y a la unión; otra, *A los Atenienses*, es una llamada a la fe y a una conducta conforme al Evangelio; a los que descuidan ésta, los reprende por haber estado a punto de apostatar de la doctrina, precisamente desde que aconteció que su presidente, Publio, sufrió martirio en las persecuciones de por entonces ¹⁸³.

3 Menciona que Cuadrato ¹⁸⁴ fue nombrado obispo suyo después del martirio de Publio, y atestigua además que, gracias a su celo, se habían ellos vuelto a unir y habían reavivado su fe. A continuación muestra que Dionisio el Areopagita, después de convertido a la fe por Pablo, según lo expuesto en los *Hechos*, fue el primero a quien se confió el episcopado de la iglesia de Atenas ¹⁸⁵.

4 Existe otra carta suya a los fieles de Nicomedia ¹⁸⁶, en la que combate la herejía de Marción y la coteja con la regla de la verdad.

5 Y cuando escribe a la iglesia que peregrina en Gortina, a la vez que a las demás iglesias de Creta, felicita a su obispo Felipe ¹⁸⁷ porque la iglesia que tiene a su cargo ha dado testimonio con sus numerosísimas virtudes y les advierte que se guarden de la perversión de los herejes.

6 Y escribiendo a la iglesia que peregrina en Amastris, a la

vez que a las del Ponto, recuerda que Baquílides y Elpisto ¹⁸⁸ le habían animado a escribir, presenta algunas interpretaciones de las divinas Escrituras y da a su obispo el nombre de Palmas ¹⁸⁹. Acerca del matrimonio y de la continencia les dirige no pocas exhortaciones y les ordena acoger a los que se conviertan de cualquier caída, ya se deba a negligencia, ya incluso a error herético ¹⁹⁰.

7 Entre estas cartas se halla catalogada otra, a los de Knosos, en la cual exhorta a Pinito, obispo de aquella iglesia, a no imponer a los hermanos obligatoriamente el pesado fardo de la continencia, sino más bien a tener consideración de la flaqueza de los más ¹⁹¹.

8 Respondiendo a esta carta, Pinito rinde admiración y aprueba a Dionisio; sin embargo, le exhorta, a su vez, a que reparta ya un alimento más sólido y sustente al pueblo a él confiado con escritos más perfectos, no sea que, al final, después de haber pasado todo el tiempo en palabras semejantes a la leche, vengan a envejecer, sin darse cuenta, en una conducta pueril ¹⁹². Por esta carta se ponen de manifiesto, como en imagen acabadísima, la ortodoxia de Pinito en lo que atañe a la fe, su preocupación por el provecho de los oyentes, su elocuencia y su comprensión de las cosas de Dios.

9 Todavía existe de Dionisio otra carta, *A los Romanos*, dirigida al obispo de entonces, Sotero ¹⁹³. Nada mejor que citar de ella

las frases en que el autor aprueba la costumbre romana, observada hasta la persecución de nuestros días, cuando escribe:

10 «Porque desde el principio tenéis esta costumbre, la de hacer el bien de múltiples maneras a todos los hermanos y enviar provisiones por cada ciudad a muchas iglesias; remediáis así la pobreza de los necesitados y, con las provisiones que desde el principio estáis enviando, atendéis a los hermanos que se hallan en las minas, conservando así, como romanos que sois, una costumbre romana transmitida de padres a hijos, costumbre que vuestro bienaventurado obispo Sotero no solamente ha mantenido, sino que incluso la ha incrementado, suministrando, por una parte, socorros abundantes para enviar a los santos, y, por otra, como padre que ama tiernamente a los suyos ¹⁹⁴, consolando con afortunadas palabras a los hermanos que llegan a él».

11 En esta misma carta menciona también la de Clemente *A los Corintios* ¹⁹⁵, mostrando que se venía haciendo lectura de la misma en la iglesia desde tiempo atrás por costumbre antigua ¹⁹⁶; dice así:

«Hoy, pues, hemos celebrado el día santo del Señor y hemos leído vuestra carta. Continuaremos leyéndola de vez en cuando para amonestación ¹⁹⁷ nuestra, lo mismo que la primera que nos fue escrita por medio de Clemente» ¹⁹⁸.

12 Y el mismo, hablando todavía de sus propias cartas, que habían sido falsificadas, dice lo siguiente:

«Yo escribí, efectivamente, unas cartas después de rogarme algunos hermanos que las escribiera. Pero esos apóstoles del diablo las han llenado de cizaña ¹⁹⁹, suprimiendo unas cosas y añadiendo otras. Sobre ellos pesa el '¡Ay de vosotros!' ²⁰⁰. En verdad no hay que extrañarse de que algunos también se hayan echado sobre las Escrituras del Señor, para falsificarlas, cuando han conspirado incluso contra las que no son tan importantes» ²⁰¹.

13 Y además de éstas, hay aún otra carta de Dionisio que escribe a *Crisófora* ²⁰², hermana llena de fe. A ésta le escribe lo que le corresponde y le suministra el alimento espiritual adecuado.

Tal es lo que atañe a Dionisio ²⁰³.

24

[DE TEÓFILO, OBISPO DE ANTIOQUÍA]

De Teófilo, al que ya mencionamos como obispo de la iglesia de Antioquía ²⁰⁴, poseemos los tres libros elementales dirigidos a *Autólico* ²⁰⁵, y otro que tiene por título *Contra la herejía de Hermógenes*, en el cual utiliza testimonios sacados del *Apocalipsis* de Juan. De él se poseen también algunos otros libros de catequesis.

Por entonces los herejes seguían con no menor empeño corrompiendo, como cizaña ²⁰⁶, la limpia simiente de la enseñanza apostólica, y los pastores de las iglesias de todo lugar los ahuyentaban

de entre las ovejas ²⁰⁷ de Cristo como a bestias salvajes y los rechazaban, ora mediante las advertencias y exhortaciones dirigidas a los hermanos, ora poniéndoles en evidencia con preguntas y refutaciones orales, cara a cara, y también corrigiendo sus opiniones con argumentos bien precisos por medio de tratados escritos. Teófilo, al menos, con los otros, peleó contra ellos, según lo declara cierto tratado suyo nada vulgar *Contra Marción*, tratado que, junto con otros de que ya hemos hablado, se ha conservado hasta hoy ²⁰⁸.

A Teófilo le sucedió Maximino, séptimo de la iglesia de Antioquía a partir de los apóstoles ²⁰⁹.

25

[DE FELIPE Y DE MODESTO]

Felipe, a quien por las palabras de Dionisio hemos conocido como obispo de la iglesia de Gortina ²¹⁰, ha compuesto también un importantísimo tratado *Contra Marción*. Y lo mismo Ireneo y Modesto ²¹¹; éste, incluso mejor que los demás, descubrió para evidencia de todos el error de ese hombre, lo mismo que otros muchos, cuyas obras se conservan todavía entre numerosos hermanos hasta hoy.

[DE MELITÓN Y DE LOS QUE ÉL MENCIONA]

1 En este tiempo florecían también, muy destacados, Melitón ²¹², obispo de la iglesia de Sardes, y Apolinar ²¹³, de la de Hierápolis. Los dos, cada uno en particular, dirigieron al emperador romano ya mencionado de aquel tiempo sendos tratados apologéticos en favor de la fe.

2 De ellos han llegado hasta nosotros las obras siguientes. De Melitón, los dos libros *Sobre la Pascua* ²¹⁴ y el libro *Sobre la conducta y sobre los profetas* ²¹⁵; los tratados *Sobre la Iglesia* y *Sobre el domingo*; además, otros *Sobre la fe del hombre* ²¹⁶, *Sobre la creación* y *Sobre la obediencia de los sentidos a la fe* ²¹⁷; y aparte de éstos, los tratados *Sobre el alma y el cuerpo... (...)* ²¹⁸, *Sobre el bautismo y sobre la verdad y sobre la fe y el nacimiento de Cristo* ²¹⁹; un libro *Sobre su*

profecía ²²⁰; y *Sobre el alma y el cuerpo* ²²¹, *Sobre la hospitalidad, La llave* ²²² y los escritos *Sobre el diablo y el Apocalipsis de Juan* ²²³ y el libro *Sobre Dios encarnado* ²²⁴; y, además de todos ellos, incluso un librito *A Antonino* ²²⁵.

3 Al comenzar, pues, el libro *Sobre la Pascua*, indica el tiempo en que lo compuso, en estos términos:

«Bajo el procónsul de Asia Servilio Pablo ²²⁶, tiempo en que Sagaris ²²⁷ sufrió martirio, hubo en Laodicea muchas disputas acerca de la Pascua, que precisamente caía en aquellos días, y se escribió esto».

4 De este tratado hace mención Clemente de Alejandría en el suyo propio *Sobre la Pascua*, que él mismo dice haber compuesto por causa del escrito de Melitón.

Y en el librito dirigido al emperador cuenta Melitón que, bajo éste, se dieron contra nosotros cosas tales como éstas:

5 «Porque esto jamás había ocurrido; ahora se persigue al lina-

je de los adoradores de Dios ²²⁸, afectados en Asia por nuevos edictos ²²⁹. Efectivamente, los desvergonzados sicofantes y amadores de lo ajeno, tomando pie de las prescripciones, andan robando abiertamente, y de noche y de día expolian a los que nada malo comestieron».

6 Y después de otras cosas dice:

«Y si esto se hace porque tú lo mandas, bien hecho está, porque nunca un emperador justo podría querer algo injustamente, y nosotros soportamos con gusto el honor de tal muerte. Una sola petición, sin embargo, te dirigimos: que tú mismo examines primero a los causantes de semejante rivalidad y juzgues con justicia si son dignos de muerte y de castigo, o bien de quedar salvos y tranquilos. Pero si no proceden de ti esta determinación y este nuevo edicto —que ni siquiera contra enemigos bárbaros sería conveniente—, con mayor razón te pedimos que no nos abandones, indiferente en semejante latrocinio público».

7 A lo dicho añade aún esto:

«Efectivamente, nuestra filosofía ²³⁰ alcanzó su plena madurez entre bárbaros, pero habiéndose extendido también a tus pueblos bajo el gran imperio de tu antepasado Augusto, se ha convertido, sobre todo para tu reinado, en un buen augurio, pues desde entonces la fuerza de los romanos ha crecido en grandeza y esplendor. De ella eres tú el deseado heredero y seguirás siéndolo con tu hijo,

si proteges a la filosofía que se crió con el Imperio y comenzó a la vez que Augusto, y a la que tus antepasados incluso honraron al par que a las otras religiones.

8 »La prueba mayor de que nuestra doctrina floreció para bien junto con el Imperio felizmente comenzado es que, desde el reinado de Augusto, nada malo ha sucedido, antes, al contrario, todo ha sido brillante y glorioso, según las plegarias de todos.

9 »Entre todos, solamente Nerón y Domiciano, persuadidos por algunos hombres malévolos, quisieron calumniar a nuestra doctrina, y ocurre que de ellos derivó, por costumbre irracional, la mentira calumniosa contra tales personas.

10 »Pero tus píos padres enmendaron la ignorancia de aquellos reprendiendo por escrito muchas veces a cuantos se atrevieron a hacer innovaciones acerca de los cristianos. Entre ellos se destaca tu abuelo Adriano, que escribió a muchas y diferentes personas, incluido el procónsul Fundano ²³¹, gobernador de Asia. Y también tu padre escribió a las ciudades sobre no innovar nada acerca de nosotros, incluso en los tiempos en que todo lo administrabas junto con él. Entre esos escritos se hallan los dirigidos a los habitantes de Larisa, a los tesalonicenses, a los atenienses y a todos los griegos ²³².

11 »En cuanto a ti, que, sobre todo acerca de estos asuntos, tienes su mismo parecer y hasta mucho más humano y filosófico,

estamos persuadidos de que pondrás por obra todo lo que te pedimos».

12 Esto es lo que se dice en el tratado mencionado. Y en los *Extractos* por él escritos, el mismo Melitón, al comenzar, se hace en el prólogo un catálogo de los escritos admitidos del Antiguo Testamento, catálogo que es necesario enumerar aquí. Escribe así:

13 «Melitón a su hermano Onésimo: salud. Puesto que muchas veces, valiéndote de tu celo por la doctrina, has pedido tener para ti extractos de la Ley y de los Profetas acerca del Salvador y de toda nuestra fe; más aún, puesto que has querido saber de los libros antiguos con toda exactitud cuántos son en número y cuál es su orden, yo he puesto mi diligencia en hacerlo, sabiendo tu ardor por la fe y tu afán de saber acerca de la doctrina, ya que, en tu lucha por la salvación eterna y en tu ansia de Dios, prefieres eso más que todo.

14 «Así, pues, habiendo subido a Oriente y llegado hasta el lugar en que se proclamó y se realizó ²³³, me informé con exactitud de los libros del Antiguo Testamento ²³⁴. Los he ordenado y te los envío. Sus nombres son: cinco de Moisés: *Génesis, Exodo, Números, Levítico, Deuteronomio*; *Jesús de Navé, Jueces, Rut*; cuatro de los *Reyes*, dos de los *Paralipómenos*; *Salmos de David*; *Proverbios de Salomón*, o también *Sabiduría*; *Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Job*; de los profetas, *Isaías, Jeremías, los doce* en un solo libro, *Daniel, Ezequiel*; *Esdras*. De estos libros saqué yo los *Extractos*, que dividí en seis libros».

Y esto es lo que hay de Melitón.

[DE APOLINAR]

De Apolinar ²³⁵, en cambio, aun siendo muchas las obras que se han conservado entre muchas gentes ²³⁶, hasta nosotros han llegado las siguientes: El *Discurso* dirigido al mencionado emperador ²³⁷, cinco libros *Contra los griegos*, dos *Sobre la verdad*, dos *Contra los judíos*, y también los que, después de éstos, escribió *Contra la herejía de los frigios*, que no mucho después iniciaría sus innovaciones, pero que ya entonces comenzaba como a despuntar, pues ya Montano, junto con sus falsas profetisas, andaba sentando los principios del descarrío ²³⁸.

28

[DE MUSANO]

Y también de Musano, citado en pasajes precedentes ²³⁹, se conserva cierto tratado, persuasivo por demás, que él escribió para algunos hermanos suyos que se inclinaban hacia la herejía de los llamados encratitas ²⁴⁰, que por entonces acababa de nacer y empezaba a introducir en la vida su extraño y pernicioso error.

29

[DE LA HEREJÍA DE TACIANO]

1 Una tradición sostiene que el autor de este descarrío fue Taciano ²⁴¹, cuyas palabras acerca del admirable Justino hemos citado hace poco ²⁴², al dejar constancia de que fue discípulo del mártir. Y esto lo demuestra Ireneo en el libro primero de su obra *Contra las herejías*, donde escribe a la vez de él y de su herejía como sigue:

2 «Los llamados encratitas, que procedían de Saturnino y de Marción, proclamaban la abstención del matrimonio, rechazando así la primitiva creación de Dios y condenando indirectamente al

que hizo al varón y a la hembra ²⁴³ para engendrar hombres. Y en su ingratitud para con el Dios que todo lo creó ²⁴⁴, introdujeron también la abstención de lo que ellos llaman 'animado' y niegan la salvación del primer hombre.

3 »Esto mismo lo encontramos también ahora entre ellos, siendo un tal Taciano el primero en haber introducido esta blasfemia. Fue discípulo de Justino; mientras convivió con él, nada manifestó de tal especie, pero, después del martirio de Justino, se apartó de la Iglesia. Engréido por la creencia de ser un maestro e inflado por sentirse diferente de los demás, constituyó un tipo propio de escuela, inventó algunos eones invisibles—como hacían los secuaces de Valentín—, proclamó el matrimonio como corrupción y fornicación—igual que hicieron Marción y Saturnino—y de su propia cosecha negó la salvación de Adán» ²⁴⁵.

4 Esto es lo que Ireneo escribió por entonces. Pero algo más tarde, un hombre llamado Severo dio firmeza a la mencionada herejía y fue causa de que los miembros de la secta recibieran por él el nombre de severianos ²⁴⁶.

5 Estos utilizan, es verdad, la Ley, los Profetas y los Evangelios, interpretando de manera peculiar el pensamiento de las Sagradas Escrituras; pero, blasfemando del apóstol Pablo, rechazan sus *Cartas* ²⁴⁷ y ni siquiera aceptan los *Hechos de los Apóstoles*.

6 Sin embargo, Taciano, su primer cabecilla, compuso cierta combinación y agrupación—yo no sé cómo—de los Evangelios, a

la que dio el nombre de *Diatésaron* y que incluso hasta hoy se conserva entre algunos ²⁴⁸. Y se dice que tuvo la osadía de cambiar algunas expresiones del Apóstol, alegando completar la corrección de su estilo.

7 Ha dejado gran número de escritos, entre los cuales muchos citan como más famoso el discurso *Contra los griegos*, en el que hace mención de los tiempos primitivos y pone de manifiesto que Moisés y los profetas hebreos son más antiguos que todos los hombres famosos de entre los griegos ²⁴⁹. De hecho parece ser que éste es el más bello y más útil de todos sus escritos ²⁵⁰.

Y esto es lo que había sobre éstos.

30

[DE BARDESANES EL SIRIO Y DE LAS OBRAS QUE SE DICE QUE SON SUYAS]

1 Bajo el mismo reinado ²⁵¹, las herejías se multiplicaron en Mesopotamia, y Bardesanes, hombre muy capaz y habilísimo dialéctico en lengua siriaca, compuso *diálogos* contra los marcionitas y contra otros cabecillas de diferentes creencias ²⁵² y los transmitió

en su propia lengua y escritura junto con otros muchos escritos suyos. Sus discípulos—que tenía muchos, subyugados por su poderoso verbo—los han traducido del siríaco al griego.

2 Entre ellos se encuentra también aquel su vigorosísimo *Diálogo sobre el destino* ²⁵³, dirigido a Antonino, y todo lo demás que, según dicen, escribió con motivo de la persecución de entonces ²⁵⁴.

3 Primeramente había sido miembro de la escuela de Valentin, pero después de condenarla y de refutar la mayor parte de sus fábulas, a él mismo le pareció estar de algún modo convertido a una creencia más ortodoxa, aunque de hecho no llegó a limpiarse por completo de la antigua herejía.

También en este tiempo murió Sotero, el obispo de la iglesia de Roma ²⁵⁵.